

LA FORMACIÓN DEL MAESTRO RURAL Y SU APORTACIÓN A LA CULTURA ESPAÑOLA

Para nadie es un secreto que las ciencias históricas necesitan para su desenvolvimiento una serie de testimonios, datos, vestigios y noticias de todo género, cuya difícil recopilación aumenta considerablemente con el paso de los años, y su distribución por áreas extensísimas o de difícil acceso o investigación por una serie de consideraciones que pueden distribuirse entre la falta de personal especializado, en número suficiente, de medios económicos para atender tantas y tan numerosas actividades, e incluso, muchas veces, por las necesidades de la época presente, del tiempo suficiente para ello. Y, sin embargo, esos datos y testimonios no hallados aún son necesarios para completar, concretar o rectificar, e incluso para creación *ab ovo* de grandes obras generales, de concepciones armónicas que den luz sobre épocas y hechos de nuestra historia.

El teatro medieval español, de cuya existencia no puede dudarse tras los numerosos testimonios de obras de la época, que a él aluden, nos es apenas conocido, y sólo un fragmento («Auto de los Reyes Magos») ha llegado hasta ahora a nuestras manos; y no obstante, su abundancia en la época la demuestra el hecho de que el mismo Alfonso X se ocupara de él en «Las siete Partidas». Los orígenes de la lengua y literatura española, en sus distintos géneros, con los continuos descubrimientos que diariamente se logran (ayer el cantar de «Roncesvalles», hoy las «Jarchas» en el campo de la lírica), señalan un campo en que toda actividad y datos nuevos dan luz sobre el resto y el conjunto todo. La interesante labor de la Sección Femenina, que ha ido salvando del olvido, con tesón infatigable, tantas y tantas canciones, bailes y tradiciones populares españolas. La extraordinaria abundancia de yacimientos prehistóricos y restos de antiguas culturas y del paso del hombre por nuestro suelo... Todo ello y cien puntos más que en esta enumeración podríamos ir aduciendo, invitan a la búsqueda, al trabajo en equipo y organizado para lograr unos frutos aún no alcanzados por desconocimiento fragmentario y parcial, pero necesario.

Estos testimonios y hallazgos no alcanzados, de ninguna manera pueden considerarse perdidos definitivamente. Ni una destrucción sistemática puede borrar los vestigios de una cultura; la vida humana, en sus actividades históricas, sociales o lingüísticas han dejado unos restos que hemos de esforzarnos por encontrar. Esos vestigios, datos y hallazgos de todo tipo, son piezas, pequeñas si se quiere, pero que en su conjunto forman el gran mosaico de la historia cul-

tural española, y necesarios siempre, puesto que para lograr una obra general y exhaustiva, se ha de contar previamente con una serie de monografías que formen los pilares de la construcción armónica y total. No se olvide, además, que los hilos que entretejen subterráneamente la vida y relaciones de los pueblos, pueden marcar una trayectoria y unir comarcas, naciones y culturas, sólo cuando esa trayectoria ha sido descubierta y comprobada en los diversos puntos de su recorrido, uno tras otro, minúscula, pero pacientemente.

Tampoco es un secreto para nadie que el campo español no ha podido todavía beneficiarse de los avances técnicos que en el terreno de los cultivos agrícolas se han ido logrando en los últimos tiempos, problema que, comenzando por ser de tipo cultural en la mayoría de los casos se complica por una serie de factores de índole económica, e incluso psicológica, por el carácter de quienes se ocupan de las tareas agrícolas. Es problema que preocupa al nuevo Estado y al que va aportando sus acertadas soluciones, pero que, dada su textensión, necesariamente ha de avanzar con mucha lentitud respecto a su solución satisfactoria. De hecho, y en gran parte de nuestro suelo, los cultivos se realizan por parte del pequeño propietario y del honrado labriego, tan trabajador como inculto, con los mismos conocimientos, y tan irracionalmente, como se llevaban a cabo varias centurias atrás.

Una y otra vez se ha insistido en la pobreza de medios de que el maestro ha de valerse en el desenvolvimiento de su tarea en la Escuela, cuya escasa o inexistente Biblioteca no le permite la extensión cultural mínima y necesaria a su labor docente. Por otra parte, esa Universidad del mañana, esa verdadera docencia que los libros en lecturas adecuadamente dirigidas constituyen, no están al alcance de la mayoría en multitud de poblaciones españolas, cuyo Municipio carece de sala o Biblioteca, para quienes sientan la necesidad de una formación por medio de la letra impresa. Y, sin embargo, la Dirección General de Archivos y Bibliotecas tiene hoy día montado un magnífico Servicio Nacional de Lectura, que sólo espera, junto a la colaboración municipal, personal capaz de encargarse, con la suficiente garantía, del material que generosamente proporciona. Podemos señalar, con pleno conocimiento de causa, y podríamos aducir ejemplos de ello, cómo en la mayoría de los casos la inexistencia de Bibliotecas municipales (de acuerdo con las características e importancia del Municipio), más se debe a falta de personal especializado o capacitado, que a otra razón alguna.

Pues bien: existe una institución española que si bien tiene representantes españoles, es de una vitalidad extraordinaria y de una tradición y entusiasmo nunca desmentidos en la región valenciana; nos referimos a la del Cronista Oficial de la Ciudad. En esta región levantina apenas existe aldea o localidad, por minúscula que sea, en donde una persona más o menos culta, pero dotada siempre de un afán y curiosidad por cuanto signifique cultura y tradición local, no se considere oficial o particularmente obligada a ser el celador y portestandarte vocero de cuanto encierra «su ciudad» en cualquier aspecto de la historia humana. Su afición o entusiasmo le llevan a examinar papeles y registrar archivos, a recorrer los lugares cercanos para reconocer restos acaso de antiguas culturas... y su modesta labor alcanza a veces el premio de importantes aportaciones y descubrimientos.

Si de todo eso es capaz el fervor de quien la mayor parte de las veces carece de todos los medios e incluso frecuentemente de una adecuada formación... ¿Qué no podría lograr el maestro rural provisto previamente de una oportuna preparación para la mayor eficacia en estos dilatados y magníficos horizontes?

Los vestigios y testimonios históricos existen, pero ignorados y perdidos por las aldeas españolas; la posibilidad de racionalizar el cultivo del campo existe, pero necesita quien pueda orientar sobre ello; el Servicio Nacional de Lectura existe, pero carece de personal que le dé eficacia y lo haga posible por tantas aldeas españolas... ¿Por qué no ha de ser el maestro vehículo transmisor de todos ellos? Las ventajas que para tal labor tiene el maestro sobre cualquier otro elemento de la sociedad son infinitas; naturalmente que todo ello entendido, dentro del marco realista y mesurado de lo que verdaderamente puede exigírsele y sin dejarse llevar por un utópico optimismo rayano en la ingenuidad.

Efectivamente, el maestro no puede ser un especialista en todas y cada una de las materias o campos en que orientamos y hacia los que apuntamos en este trabajo. Tampoco puede ser un humanista en el sentido renacentista, porque han transcurrido muchos siglos y la cultura y la ciencia han progresado demasiado para que tal cosa sea posible en nuestros días, o pueda exigirse al maestro. Pero especialmente preparado, y asesorado siempre, sí puede ser observador y catador entendido, para convertirse en vehículo, unas veces; registro sensible, otras, de cuanto merezca destacarse y ponerse en conocimiento de quienes puedan llegar donde la formación del maestro no alcance.

Señalemos ahora cómo el maestro pueda aventajar en estos menesteres a cualquier otra institución por la abundancia de sus miembros y su difusión por todo el ámbito nacional, que permite simultaneidad en el esfuerzo; por su conocimiento y experiencia de la localidad frente al inevitable desamparo de cualquier investigador forastero que, cuando menos, habrá de dejarse guiar por naturales, inconscientes la mayoría de las veces de lo que de ellos se pide, y desconfiados siempre (la experiencia así lo demuestra) con toda persona ajena al círculo de sus amistades o de su limitada esfera local. En este último aspecto la ventaja del maestro a la hora de conseguir salvar del olvido canciones, leyendas o viejas tradiciones, o de revisar documentos y libros celosamente guardados, está por encima de toda ponderación.

Si a ello añadimos el factor tiempo, tan importante en quien pueda acercarse a la localidad con propósitos investigadores, factor casi despreciable, en quien allí reside habitualmente; si tampoco olvidamos el factor económico (desplazamientos, más o menos prolongada estancia...), de circunstancias tan semejantes al anterior, veremos cuánta razón nos asistía en lo que anteriormente sosteníamos.

Pero es que, además, junto a los beneficios generales que podrían alcanzarse en el campo de la cultura o en el de la vida rural, tal vez camináramos hacia la solución de problemas tan importantes como la deserción de los medios rurales por parte del maestro, a quien ningún lazo espiritual ata a esa casi siempre pequeña localidad que el destino le señaló para comenzar sus tareas docentes; en esas nuevas labores puede encontrar campo adecuado a su afición y evitar el tedio de largas veladas, avivado por los recuerdos. Añadamos que el adoce-

namiento, es peligro que acecha siempre a quien ha de convivir en un medio de nivel espiritual inferior a su propia formación y a sus naturales aspiraciones, difícilmente encontraría mejor antídoto que la superación constante, y el continuo bregar de una tarea que con la constante actividad de la fragua, es capaz de mantener el fuego sagrado de la curiosidad intelectual, propia de quien consagró vocacionalmente su vida a la cultura.

Possible extensión de sus actividades.

Al ir exponiendo el problema que en este trabajo nos planteamos para tratar de darle solución por medio del magisterio español, hemos ido tocando los diversos aspectos que a nuestro juicio podemos encargarles. Vamos a concretar ahora el campo que podrían abarcar las actividades del maestro rural, poseído de una misión cultural que no termina en su escuela ni acaba en sus clases.

Hemos hecho alusión a la Biblioteca escolar y la Biblioteca Municipal, inexistente muchas veces por falta de personal adecuado. He aquí una tarea que puede encomendarse al maestro por el Municipio, en íntima relación con el Servicio Nacional de Lectura, si aquél ha adquirido una mínima formación en Biblioteca y organización de bibliotecas que, en la mayoría de los casos, por la categoría de la población, no necesitará de profundos conocimientos. Esta dedicación es tanto más factible por cuanto el horario ideal para tales Centros, es normalmente compatible con las obligaciones primordiales del maestro en su labor docente.

La misma población escolar sería la primera beneficiada por esa extensión cultural que el maestro hacía posible para ella y la localidad en general.

La riqueza prehistórica de nuestra nación es extraordinaria, pero para darse cabalmente cuenta de ello es necesario pasar de las noticias y lecturas a la observación directa de la realidad. Si son abundantes las noticias de nuevos hallazgos casualmente encontrados casi siempre, por todo el ámbito español, esa abundancia se centuplica cuando alguien, contando con el tiempo, afición y algunos conocimientos, pasea y explora con algún detalle los campos y montículos de cualquier provincia, los términos de cualquier localidad, los alrededores de cualquier riachuelo, o incluso barrancos y cauces de ríos hoy agotados. Lo mismo cabría decir de restos antiguos, aunque fuera y lejos ya de la prehistoria.

Tampoco es raro el hecho de encontrarse inesperadamente, en alguna vieja iglesia o convento, pinturas o imágenes cuyo mérito o valor por nadie era sospechado.

Pues bien: creemos nosotros que también aquí la tarea del maestro puede ser de incalculable valor, como buen conocedor del terreno de su demarcación, tal vez en paseos recreativos, acaso en excursiones escolares, que de llevar un objetivo (secundario a las veces, pero aprovechable) concreto, podía servir incluso de magnífica lección práctica, respecto a las condiciones de vida y costumbres de los pueblos primitivos y de nuestros remotos antepasados. Al mismo tiempo, estas lecciones y esta atención suscitada sobre tales hechos evitarían que alguna vez, muchachos u hombres ya, en sus labores agrícolas pudieran

despreciar restos importantes a los que por desconocimiento podían de otra manera no darles otro valor que el de simples obstáculos a la reja del arado.

No se nos escapa el hecho de que no puede dársele al maestro una formación tan completa como para que sea un experto en Arqueología, pero ya veremos luego como sí podría hacerse y lograrse la suficiente como para que puedan reconocer o llamarle la atención lo que una vez advertido y señalado podría catalogarse y ser estudiado por quien, ya especializado, tuviera plena capacidad para ello. No se trata, repetimos una vez más, de hacer del maestro un especialista, sino un hombre de inquietudes capaz de llevar, ante quien proceda, la noticia de sus posibles hallazgos, contando con la colaboración de publicaciones o asociaciones provinciales, regionales, y en último extremo, estatales. Con esta labor, podría multiplicarse en poco tiempo el número de hallazgos y estaciones arqueológicas registradas en los catálogos españoles, pudiéndose señalar lo propio respecto a lo anteriormente aludido de olvidadas imágenes o pinturas.

Los archivos parroquiales, municipales y conventuales son algo completamente desconocido en la mayoría de los casos, en cuanto al material que encierran, salvo contadísimas excepciones. La historia local, y con ello la general (a veces directamente ésta), se perjudica de tal desconocimiento que por su volumen, es de esperar, desgraciadamente, que tarde mucho en remediarse. Quién sabe si en alguno de tales archivos, entre cualquiera de aquellos documentos puede encontrarse la obra o el fragmento que la historia literaria espera, desconocida o sospechada.

Una vez más puede ser el maestro quien ayude, dentro de sus posibilidades, dedicando alguno de sus ratos de ocio, a curiosear entre papeles y documentos perfectamente inútiles si duermen polvorientos sin que nadie escuche su llamada.

Las ciencias del lenguaje, la dialectología, tienen su más valioso auxiliar en la monografía particular y concreta que al aportar su granito al acervo lingüístico común, taponan una solución de continuidad. Sin embargo, y dada la fragmentaria e intrincada división dialectal española, debería partirse en muchos casos de la mínima unidad local, con sus enormes dificultades. Una labor general (como el Atlas lingüístico de España) necesita datos y orientaciones que le guien y faciliten su tarea.

En este terreno, el maestro puede observar fenómenos y aportar datos de gran interés que podrían ir desde los restos antiguos vivos aún (e incluso los ya desaparecidos, pero observables en los documentos a que hacíamos referencia en el punto anterior), a los influjos de otras lenguas peninsulares vernáculas, cercanas, y a los giros y frases típicas, refranes que pueden recoger experiencias climáticas o de cultivos de la localidad, etc.

Pasemos al campo del folklore, y veamos las inmensas posibilidades que desde los bailes y danzas antiguas hasta las leyendas e historias de fiestas y tradiciones populares, pasando por las canciones y posibles restos de romances, ofrece a la curiosa y atenta recogida el ámbito local multiplicado. El maestro, con todas las ventajas que anteriormente señalábamos, debe ser un elemento valiosísimo, en colaboración a las veces con la meritísima labor de la

Sección Femenina, en este terreno tan fecundo y atrayente como difícil casi siempre a la investigación forastera.

Por último, y cuando señalábamos lo irracional del régimen de cultivos y cuidados del campo en la inmensa mayoría de las localidades españolas, pensábamos en el fruto extraordinario que podría conseguirse en una colaboración del prestigio local y conocimiento del maestro en el ambiente rural, con los esfuerzos estatales por medio de los organismos a ello dedicados.

En éste, como en los demás puntos indicados, la colaboración y contacto con entidades y organismos relacionados con la materia y objetivos a conseguir, sería necesaria, no convenientísima para evitar el aislamiento del maestro, dándole un estímulo y asesoramiento que sería la base y factor decisivo en los objetivos a conseguir.

Preparación adecuada a tales objetivos.

Naturalmente, para que todo ello fuera posible, habría que proporcionarle al maestro una formación mínima necesaria, capaz luego de aumentarse por la práctica constante (no olvidemos que se trata de tareas todas ellas en que la experiencia y dedicación son los factores decisivos para alcanzar un grado de mayor perfección) y por las posibilidades de ampliar y contrastar conocimientos por medio de publicaciones adecuadas a los fines perseguidos, sencillas, eficaces, prácticas, y que pudieran llegar a las manos de quienes estuvieran dedicados a tales tareas.

La primera parte de la susodicha preparación, aquella base que pudiera capacitarles para el comienzo de su labor, y al mismo tiempo para una posterior autoformación, debe recibirla el maestro en las Escuelas del Magisterio, y a nuestro entender, por medio de unos Cursos monográficos totalmente voluntarios, a cargo del Profesorado, que a su vez, y si lo consideraba conveniente, podría acudir a la colaboración de personas ajenas al Centro que, por su específica formación respecto a las materias objeto del Curso, pudieran ser de evidente provecho para los objetivos del mismo.

En general, los Profesores encargados de tales Cursos, deberían ser, en lo relativo a arqueología, prehistoria, documentación de archivos, dialectología, leyendas y costumbres populares, canciones, romances y danzas, los de Geografía e Historia, Lengua y Literatura (y Música en lo concerniente a los últimos cursos), en estrechísima colaboración. Tal vez en muchos casos, también el Profesor de Religión y el de dibujo (lo relativo a fiestas y leyendas populares y religiosas, y al arte respectivamente) deberían colaborar.

Las materias objeto de tales cursos, vistos los fines, podrían ser, entre otras, las siguientes: Prehistoria e Historia del Arte, Nociones de Gramática Histórica (insistiendo sobre lo ya estudiado en cuarto curso de Bachillerato), nociones de Dialectología, Paleografía; lecciones aplicadas (insistamos una vez más) a los fines perseguidos, y cuantas prácticas fueran posibles a la mayor eficacia de unos cursos que naturalmente habían de apoyarse en la formación específicamente cultural de las disciplinas normativas de los cursos respectivos.

Paralelos Cursos Monográficos, aplicados a los cultivos del campo y su racionalización, se acudiría a los Profesores de Ciencias Naturales, Física y Química y Fisiología e Higiene, y a los de Agricultura, y las materias explicadas de tipo Abonos, plagas del campo, sistemas de cultivos, aprovechamiento del terreno, etc., se basarían a ser posible en prácticas en campos de experimentación para las que se podría recabar la colaboración de entidades estatales como los Institutos Laborales de modalidad agrícola y otros.

Nos complacemos en recordar a este respecto, que persona tan capacitada y experta en cuestiones de enseñanza como Serrano de Haro, ya llamó la atención sobre este particular, proponiendo algunas de estas mismas soluciones en artículo publicado en *Bordón*, en el número 50, de febrero de 1955.

A tales cursillos podrían asistir, tanto los alumnos de la Escuela del Magisterio respectiva, como los maestros que habiendo obtenido el título y terminado sus estudios, no hubiesen ingresado aún en el Magisterio Nacional; e incluso podría estudiarse una posible asistencia en casos especiales de maestros ya en pleno ejercicio de su profesión. No obstante, es en los que se encuentran en los dos primeros casos, donde vemos la fácil consecución, por su asistencia, de tan vastos como prometedores planes.

Tales Cursillos cobrarían una robusta autoridad si se vieran respaldados por una eficaz protección oficial que podría basarse en una adecuada valoración y estimación en el momento de las Oposiciones, a favor de quienes los hubieran aprobado cursándolos con todo aprovechamiento. Esta misma valoración podría dar una preferencia (que debería estudiarse) para la adjudicación de ciertas plazas que por sus especiales características agrícolas, o histórico-culturales (al menos en la antigüedad), o por ser zonas de fricción lingüística, merecieran una especial atención.

Por último, esta especialización que darían los cursos monográficos de tipo agrícola, histórico-literaria, lingüística, de Organización de Bibliotecas (Biblioteconomía, ficheros, etc.), etc., se vería apoyada por un organismo que velara por el asesoramiento del magisterio rural, manteniendo el necesario contacto y ayudando a su labor con una serie de publicaciones que podrían ir desde la revista de divulgación (que al unir a quienes se dedicaban a idéntica tarea y comulgaban de unos mismos ideales, sería estímulo y lazo de unión entre ellos), a la publicación de pequeños manuales sobre las materias más interesantes del vasto plan, redactadas de una manera sencilla y práctica; al mismo tiempo, podría suministrar en algunos casos material, bibliografía, libros, o indicaciones precisas a quienes en un momento dado las necesitaran. Sería también el organismo encargado de las relaciones entre el magisterio rural y otras entidades y asociaciones con quienes aquéllos hubieran de relacionarse y colaborar eficazmente.

Respecto a la publicación de pequeños manuales orientadores que anteriormente propugnábamos, llamo la atención sobre el hecho de que ya en otras ocasiones y por otros organismos, aunque con idénticos propósitos, se ha intentado llevar a cabo, y buen ejemplo de ello es el pequeño volumen que con el título de «Nociones de Prehistoria», publicó el Director del Museo de Prehistoria de Valencia, don Domingo Fletcher Valls, bajo los auspicios de la Excelentísima Diputación Provincial de aquella ciudad, y a cuyo prólogo pertenecen

las siguientes palabras: «Ciframos nuestros deseos y propósitos en que las páginas que siguen sirvan para llamar la atención y despertar el interés del profano hacia las espléndidas riquezas arqueológicas que encierran nuestras tierras y que por ignorancia, despreocupación o codicia se pierden diariamente para el acervo cultural español. Nuestro esfuerzo se encamina, pues, a advertir al no iniciado que existen unas piedrecitas, unos trozos de cacharro, unos restos de bronce o hierro que, careciendo de todo valor monetario, lo tienen, y mucho, científico. Pretendemos así defender el patrimonio arqueológico nacional, que tanto por ser «el recuerdo de familia» de nuestros remotos abuelos, como por la aportación que significa para el conocimiento de las vicisitudes por que pasaron los primeros hombres y los lentos progresos que llevaron a cabo en lucha contra toda suerte de adversidades hasta alcanzar la meta actual, debemos salvaguardar de la pérdida o destrucción». Un vocabulario de voces técnicas de uso frecuente en prehistoria, un extracto de la legislación vigente sobre excavaciones y hallazgos prehistóricos y un cuestionario sobre tales materias, completan un texto claro y sencillo acompañado de abundantes y aleccionadoras láminas y grabados, que hacen de esta obra (junto a otras semejantes, entre las que nos atreveríamos a citar «Bibliotecas juveniles; su organización y funcionamiento», de Alberto de Maqua, por ejemplo) un verdadero modelo para lo que en este trabajo pretendemos, en lo relativo a esas publicaciones orientadoras a que anteriormente nos referíamos.

Esas mismas palabras de Flether Valls, ampliadas y referidas a los diversos campos y objetivos que en esta colaboración proponemos, pueden ser el resumen de un anhelo que también nosotros perseguimos, y que al encomendarlo a la vocación e inquietud del magisterio nacional, creemos firmemente que puede alcanzarse al servicio y para la mayor gloria de la cultura española.

RAMÓN ESQUER TORRES,

Profesor de Lengua y Literatura de la Escuela
del Magisterio de Salamanca.